

mari jungstedt

Un inquietante amanecer

El comisario Knutas sobre la pista
de una oscura historia de venganza

Traducción:

GEMMA PECHARROMÁN MIGUEL



MAEVA

Título original:

I DENNA LJUVA SOMMARTID

Diseño e imagen de cubierta:

ALEJANDRO COLUCCI

Fotografía de la autora:

ANNA-LENA AHLSTRÖM

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© MARI JUNGSTEDT, 2007

© de la traducción: GEMMA PECHARROMÁN MIGUEL, 2011

© MAEVA EDICIONES, 2012

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 978-84-15120-82-7

Depósito legal: M-582-2012

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.

Impresión y encuadernación: Huertas, S. A.

Impreso en España / Printed in Spain



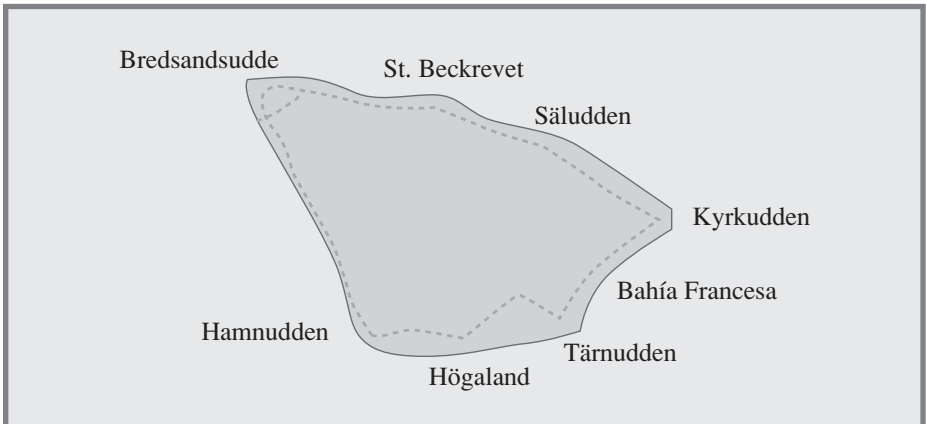
La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

*A Ewa Jungstedt,
mi queridísima hermana*

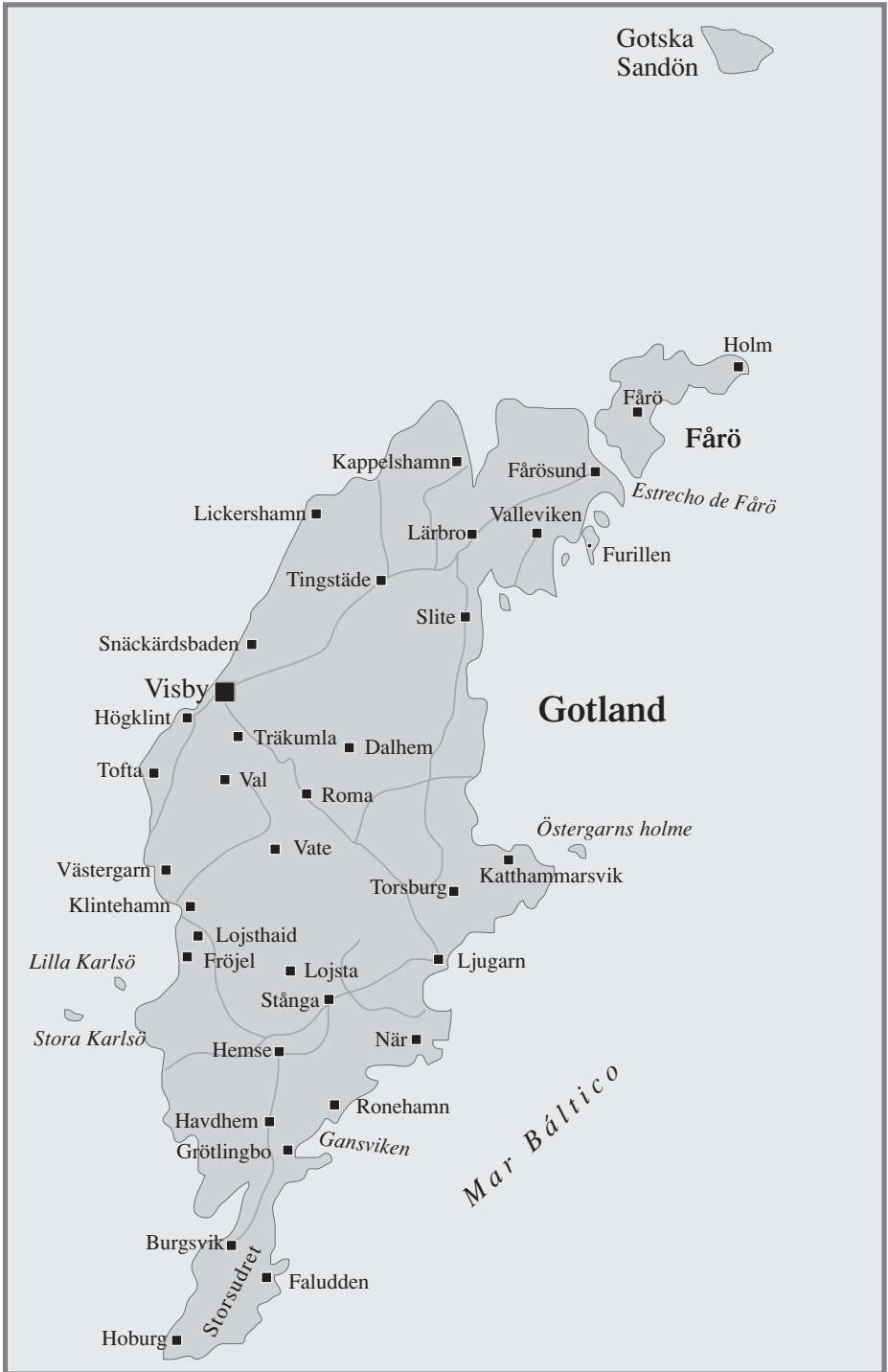
SUECIA



GOTSKA SANDÖN



GOTLAND



Del diario del farero, Isla de Gotska Sandön, agosto de 1864:

La noche del 24 al 25, a las diez horas, naufragó al sureste de la isla el carguero ruso *Wsadnick* con ciento cuarenta tripulantes a bordo, de los cuales se ahogaron tres oficiales y doce marineros. Todos los demás fueron rescatados. Fuerte temporal de componente este acompañado de lluvias.

Lunes 10 de julio

La noche iba dando paso a la mañana. Un coche se dirigía hacia el norte por la carretera principal, que atravesaba la isla de Fårö. La lluvia había cesado. Pesadas nubes cubrían el cielo como un manto gris. Los pájaros no habían dejado de cantar desde las tres de la madrugada, el alba se extendía sobre campos y prados. Entre la bruma se vislumbraban enebros, pinos de formas retorcidas y los muretes de piedra que cercaban las fincas. Las granjas, construidas con piedra caliza de Gotland, parecían moteadas al azar; también se entreveía algún que otro molino de viento cuyas aspas hacía tiempo que habían desaparecido. Los rebaños de ovejas negras se iban desperezando lentamente en los prados. Poco a poco, las ovejas empezaban a pastar la escasa hierba que la tierra árida ofrecía.

En el camping de Sudersand, al norte de la isla de Fårö, aún reinaba la calma, a pesar de que en esas fechas —era pleno verano— estaba completo. El camping se extendía a lo largo de los tres kilómetros de playa de arena fina. Caravanas y tiendas de campaña se alineaban a la perfección. Las banderas suecas que adornaban las diferentes entradas colgaban mojadas en sus mástiles. Por todas partes se veían barbacoas y mesas de plástico con copas de vino olvidadas tras la cena de la noche anterior. Las toallas, empapadas por la lluvia de la noche, estaban colgadas con pinzas en tendederos improvisados; había sillas de playa plegables, con telas rayadas de colores alegres; colchonetas hinchables y juguetes. Alguna que otra bicicleta.

En medio del camping se alzaba una construcción baja de madera con varias puertas: cocina y lavadero, servicios y duchas. Un centro de vacaciones bien organizado, a un paso de la playa.

En una de las caravanas instaladas junto al borde exterior del cámping se despertó Peter Bovide. Abrió los ojos a las cinco en punto. Como de costumbre, comprobó la hora en el reloj que había sobre una estantería al lado de la cama.

Siempre igual. En su mundo no existía el descanso matutino.

Se quedó un rato en la cama mirando el techo, pero pronto comprendió que no podría volver a conciliar el sueño. Tampoco aquella mañana. Tantos años como trabajador de la construcción habían dejado su huella. Aunque, en realidad, no le importaba. Le gustaba disponer de un rato para sí mismo antes de que se despertaran Vendela y los niños. Solía aprovecharlo para salir a correr y hacer luego unos ejercicios de musculación.

Se había pasado parte de la noche escuchando el repiqueteo de la lluvia sobre el techo de chapa de la caravana. No había dormido bien. Parecía que ahora había escampado; la luz suave de la mañana se filtraba a través de los ligeros visillos de algodón.

Miró a su mujer dormida. El edredón se le había deslizado y estaba tumbada de costado. Se estiró cuan larga era; con su metro ochenta, un poco más alta que él. Le pareció *sexy*. Recorrió con la mirada sus piernas esbeltas, la curva de la cadera, y pudo imaginar sus pechos pequeños. Sintió que estaba a punto de tener una erección, pero no era el momento. Los niños dormían cada uno en su pequeña litera. William, de cinco años, con la boca abierta y los brazos plácidamente estirados por encima de la cabeza, como si fuera el amo del mundo. Mikaela, de tres, acurrucada en posición fetal y abrazada a su osito.

Tenían por delante cuatro semanas libres de exigencias y tareas. Primero aquí, en la isla de Fårö, y luego dos semanas en Mallorca. La empresa iba bien últimamente.

—¿Estás despierto? —Cuando se disponía a abrir la puerta, oyó a sus espaldas la voz clara, ligeramente adormilada, de Vendela.

—Sí, cariño. Voy a salir a correr.

—Espera, ven.

Seguía acostada de lado y alargó los brazos hacia él. Peter hundió la cabeza en su pecho cálido y la rodeó con los brazos. En su

relación, ella era la fuerte, mientras que él, a pesar de su aspecto vigoroso, resultaba frágil y débil. Nadie más que ellos sabía cómo eran las cosas. Sus conocidos no veían nunca a Peter Bovide cuando lloraba como un niño en los brazos de su mujer durante sus ataques de pánico recurrentes, cuando ella lo tranquilizaba, consolaba y ayudaba a recomponerse. La ansiedad llegaba en oleadas, siempre de improviso, inoportuna como un huésped inesperado. Lo asfixiaba.

Siempre que notaba los síntomas intentaba contenerlos, hacer como si nada, pensar en otra cosa. La mayor parte de las veces fracasaba. Una vez que había comenzado el ataque, normalmente no había manera de pararlo.

Ahora hacía bastante tiempo que no se sentía tan mal, pero sabía que las crisis de angustia volverían. A veces coincidían con la epilepsia que padeció de joven. Los ataques eran ya poco habituales, pero el miedo a sufrirlos estaba siempre presente. Bajo el aspecto de ser una persona segura de sí misma, Peter Bovide tenía miedo.

Cuando conoció a Vendela, su existencia estaba a punto de convertirse en un desastre total. La bebida se había ido adueñando de su vida; descuidaba su trabajo e iba perdiendo progresivamente el contacto con la realidad. No tenía pareja fija, las relaciones duraderas nunca le funcionaban. Ni se atrevía ni deseaba encariñarse en serio con nadie.

Pero con Vendela fue diferente.

Cuando la conoció, seis años atrás en un barco finlandés, se enamoró de ella nada más verla. Era de Botkyrka y trabajaba de crupier en un casino de Estocolmo. Se casaron cuando ella se quedó embarazada tan solo después de medio año de relación, y compraron una vieja casa de campo en las afueras de Slite. La casa necesitaba reformas, por eso la adquirieron a buen precio, y como Peter trabajaba en la construcción podía hacer él mismo la mayor parte de los trabajos de reforma.

Los dos niños nacieron con un intervalo de dos años. Les iba bastante bien. Desde hacía cinco años dirigía una empresa de construcción junto con un antiguo compañero de trabajo, y con

el tiempo habían podido contratar a algunos empleados. La empresa iba cada vez mejor y ahora tenían más trabajo del que podían asumir. Aunque últimamente habían surgido algunas complicaciones, no eran tan graves como para que no pudieran gestionarlas.

Los demonios lo perseguían cada vez menos.

Vendela lo abrazó con fuerza.

—No me cabe en la cabeza que vayamos a estar de vacaciones tanto tiempo —le susurró al oído.

—No, joder, qué bien.

Permanecieron un momento en silencio escuchando la respiración acompasada de los niños. Enseguida empezó a sentir en el cuerpo la vieja y conocida angustia.

—Me marchó.

—De acuerdo.

Vendela lo abrazó de nuevo.

—Vuelvo pronto y preparo el café.

Fue una liberación abandonar el ambiente cerrado de la caravana. Del mar llegaba un olor a algas y a sal. La lluvia había cesado. Aspiró profundamente hasta que el aire le llenó los pulmones y se puso a orinar en la linde del bosque.

Necesitaba correr todas las mañanas. No se sentía bien si no empezaba el día haciendo *jogging*. Había comenzado cuando redujo la bebida, después de conocer a Vendela. Curiosamente, salir a correr funcionaba igual que el alcohol. Necesitaba algún tipo de droga para mantener a raya la ansiedad.

Sintió la suavidad del sendero bajo sus pies. Las dunas se extendían a ambos lados del paisaje entre montículos cubiertos de vegetación. Pronto llegó a la playa. El mar estaba revuelto, y se agitaba formando una corriente tumultuosa. A lo lejos, una bandada de aves marinas hacía equilibrios en la cresta de las olas.

Enfiló hacia el norte en paralelo a la orilla. Las nubes se deslizaban veloces en el cielo plomizo y la arena, tras la lluvia de la noche, estaba dura. No tardó mucho en cubrirse de sudor. Al llegar a la punta dio la vuelta. Correr le ayudaba a aclararse las ideas. Era un descanso para su cabeza.

Ya de vuelta, vislumbró a lo lejos una figura que venía caminando hacia él, y que de pronto tropezó y cayó en la arena. Se quedó en el suelo sin hacer ningún movimiento para levantarse. Peter corrió hacia allí preocupado.

—¿Está bien?

Hacia él se volvió un rostro inexpresivo, una mirada fría e indiferente. La pregunta quedó sin respuesta.

El tiempo se detuvo durante unos segundos; él se quedó paralizado. Un inquietante vuelco en el estómago. Algo oculto en

lo más profundo de su ser cobró vida, algo que había tratado de ocultar durante muchos años. Finalmente le había dado alcance.

Aquellos ojos clavados en él pasaron a irradiar desprecio.

Peter se quedó mudo. Respiraba con dificultad y el conocido dolor en el pecho se dejó sentir. Hizo cuanto pudo para no desplomarse.

Su cuerpo perdió firmeza, se quedó sin fuerzas.

Entonces vio el cañón de la pistola. Se puso de rodillas instintivamente, todo enmudeció dentro de su cabeza. Dejó de pensar.

El disparo lo alcanzó entre los ojos. La detonación hizo que las gaviotas que planeaban sobre la superficie del mar alzaran el vuelo con un graznido asustado.

El comisario Anders Knutas andaba ocupado en la amplia cocina rústica de sus suegros, mientras el resto de la familia aún dormía. Pensaba sorprenderlos con su desayuno preferido: tortitas americanas con jarabe de arce. Tenían un sabor muy parecido al del bizcocho y cuando estaban calientes se deshacían en la boca. Knutas no era ningún experto en cocina, pero tenía dos especialidades: los macarrones gratinados y las tortitas.

Tras preparar la mezcla, la dejó reposar un rato en el recipiente. Cogió la taza de café y se sentó fuera, en la escalera. La casa se encontraba en un cabo a las afueras de un pequeño pueblo costero de la isla de Fyn, rodeado de agua por todas partes. El sol no había dejado de brillar desde que llegaron. Al principio, cuando Line propuso pasar dos semanas enteras en Dinamarca a Knutas no le hizo mucha gracia. Él prefería pasar las vacaciones holgazaneando en la casa de veraneo que ellos tenían en Lickershamn, en el noroeste de Gotland, pero Line lo convenció. Por una vez, sus suegros estaban de viaje y tendrían la casa para ellos solos. Además, Line siempre tenía ganas de volver a su país. Por muy bien que se sintiera en Suecia, su corazón seguía estando en Dinamarca.

Tras una semana en Fyn, Knutas agradeció que Line se hubiera mantenido en sus trece. Hacía muchos años que no se sentía tan relajado. Podía pasar un día entero sin pensar en el trabajo. Y el tiempo era magnífico, mucho mejor que en casa. Habían salido a nadar, a pescar y se habían deleitado con el marisco, que era mucho más rico en esa zona. Por las tardes daban una vuelta por el pueblo, se sentaban a la orilla del mar y bebían una copa de vino; cuando anochecía jugaban a las cartas en la terraza. Sus mellizos, Petra y Nils, se lo pasaban muy bien allí. Habían hecho

amistad con otros chicos con los que se juntaban todos los veranos cuando iban a visitar a sus abuelos maternos y apenas les veían el pelo en todo el día. Pronto cumplirían dieciséis años y pasarse todo el tiempo con sus padres no era precisamente su plan favorito.

En ese momento les venía bien. Knutas y Line necesitaban tiempo para ellos. Quería a su mujer, pero durante la primavera su matrimonio había estado en punto muerto. Él se quedó exhausto tras la investigación de otro asesinato complicado y se sintió culpable; le había dado vueltas en la cabeza durante bastante tiempo, y no se vio con fuerzas suficientes para atender también a Line.

Ella se quejaba de que Knutas parecía ausente y falto de interés, lo cual, a todas luces, era cierto. Seguramente uno y otro habían esperado que el amor se volviera más fogoso ahora que por fin estaban juntos de vacaciones, pero no fue así. Seguían con sus tranquilas costumbres, su vida sexual no valía gran cosa y ninguno de los dos estaba particularmente interesado en tomar la iniciativa.

No es que Line no le resultara atractiva, en absoluto. Ella, con su melena pelirroja, la piel pecosa y los ojos cálidos, seguía siendo tan guapa como siempre. Pero ahora la veía como un mueble, un sillón cómodo que tenía en casa. Tranquila y segura, agradable, pero no muy excitante. Line ejercía de comadrona en el hospital de Visby y estaba encantada con su trabajo. Contaba siempre las mismas historias de las madres y de sus partos con idéntico entusiasmo e interés. Él las había oído ya miles de veces. Antes le parecía que eran entretenidas y singulares, ahora escuchaba con amabilidad mientras pensaba en otra cosa. A ella le preocupaban los sentimientos. Quizá solo se tratara de un bajón. Su deseo sexual se había adormecido, le parecía que casi no valía la pena el esfuerzo. A veces se preguntaba si no sería cosa de la edad. Pero solo tenía cincuenta y dos años.

La primavera había sido poco llevadera en casi todos los sentidos. El tiempo, frío y lluvioso. En el trabajo había tenido que ocuparse de un montón de papeleo y demás tareas administrativas,

cosa que detestaba. Tenía la impresión de que nunca estaba preparado. Sin embargo, se sentía satisfecho por el nombramiento de Karin Jacobsson, la compañera de trabajo con quien mantenía una relación más estrecha, como subcomisaria. Karin destacaba en muchos aspectos. Tenía tal dosis de energía que podía hacerlo sentirse apático y poco espabilado. Pero eso no le molestaba. Anders Knutas admiraba a Karin desde que empezaron a trabajar juntos, y de eso hacía ya más de quince años.

Las caras largas que aparecieron cuando se hizo público su nombramiento habían empezado a remitir. Al único al que aún le costaba digerir el ascenso de Karin era al portavoz de prensa, Lars Norrby, quien contaba con que ese puesto sería para él. Aunque habían sido compañeros de trabajo durante muchos años, Knutas deseaba a veces que Norrby abandonara la comisaría de Visby. Su actitud hacia Karin desde que la nombraron subcomisaria resultaba penosa.

Deseaba que a ella le fuera bien mientras él estaba de vacaciones. Todo parecía tranquilo cuando se marchó. Era cierto que la temporada turística había empezado de verdad, pero se repetía la misma rutina de todos los años. El mayor problema lo tenían con los jóvenes procedentes de Estocolmo que llegaban en masa en barcos para divertirse en Visby. Con ellos desembarcaban borracheras, peleas, drogas y, lamentablemente, también varias violaciones cada verano. Era desagradable, pero nada que Karin no pudiera resolver.

Dentro de una semana él empezaría a trabajar de nuevo. Esperaba que no ocurriera nada extraordinario mientras estaba de vacaciones.